Philippe Valode

PREFIRIERON MORIR

La cobardía de los dirigentes nazis ante la derrota



ESPASA

PHILIPPE VALODE

PREFIRIERON MORIR

La cobardía de los dirigentes nazis ante la derrota

ESPASA

Título original: *Ils ont préferé en finir. Le suicide des chefs nazis*

© L'Archipel, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.espasa.com

Primera edición: junio, 2024

Traducción: © Fabián Chueca Crespo, 2024

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografías de la cubierta: © Universal History Archive/Universal Images Group/Getty Images (frontal); dpa Picture-Alliance/Alamy/ACI (contra)
Fotografía del autor (solapa): © Derechos reservados

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-7380-5
Depósito legal: B. 9.356-2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Impreso en España — *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S.A.

Índice

Prólogo 9

1. Erwin Rommel 35

2. Adolf Hitler y Eva Braun 58

3. Los Goebbels 102

4. Himmler 127

5. Rudolf Hess 165

6. Hermann Göring 191

Conclusión 218

Bibliografía 223

1
Erwin Rommel

Forzado al suicidio, el 14 de octubre de 1944,
para proteger a su familia

Erwin Rommel vio la luz en Wurtemberg, en la pequeña ciudad de Heidenheim, el 15 de noviembre de 1891, en el seno de una familia burguesa de profesores en la que no falta nada. Su padre era una eminencia en matemáticas, mientras que su madre, Helena von Luz, pertenecía a una familia wurtemberguesa de buena posición. Erwin, que lleva el nombre de su padre, es un niño más bien frágil que se encuentra a sus anchas bajo las faldas de su madre y de su hermana mayor, Helena (que, por tanto, lleva el mismo nombre que su madre). El niño es obediente, le encantan los paseos por el bosque y se esfuerza sin cesar, con audacia, en subirse a los árboles. Su afición a la naturaleza se combina a la perfección con su amor por los cuentos de caballería y los relatos épicos de la guerra de 1870 contra los franceses. Reproduce las batallas con sus soldados de plomo. Por otro lado, en la escuela, apenas le motivan otras cosas que las clases de historia y de geografía.

Hacia los trece años, sin duda bajo la influencia paterna, se apasiona por las matemáticas. Destaca rápidamente y sigue sin dificultad el modelo alemán de la época: rechazo de las chicas, deporte de alta intensidad, auténtico fanático del compañerismo entre chicos. Su afición por la ciencia lo encamina hacia la aviación, entonces incipiente. Realiza modelos a escala, antes de construir un planeador de tamaño natural, aunque no logra hacerlo despegar. Se decidirá a postularse como ingeniero en las fábricas Zeppelin de Friedrichshafen, no muy lejos de su domicilio. Pero su padre, espantado ante los riesgos del oficio aéreo, lo orienta hacia el Ejército de Tierra. Ingresa como alumno aspirante a oficial de Infantería en el 124.º Regimiento de Weingarten.

Un joven lleno de audacia

Su carrera arranca en tromba: asciende a cabo y después a sargento. Su aptitud para el mando lo conduce directamente a la Escuela Militar de Dantzig. ¡Estamos en 1911 y solo tiene veinte años! Allí puede mejorar los conocimientos teóricos que tanto necesita para dirigir las maniobras. Gran lector de Carl von Clausewitz y de Helmuth von Moltke, también sabe enamorar y cortejar a una joven estudiante de lenguas extranjeras, Lucia Maria Mollin, hija de uno de los más importantes propietarios de tierras de Prusia Oriental. Nombrado subteniente en 1912, Rommel es enviado al frente francés en el verano de 1914.

Una herida en un muslo, en el mes de septiembre, y después la toma de tres fortines en Argonne le hacen acreedor de la Cruz de Hierro de segunda y después de primera clase. Después de haber sido nombrado teniente, resulta herido por segunda vez en una pierna, antes de ser destinado al Batallón de Montaña de Wurtemberg. En 1916, aprovechando un permiso, se casa con su muy querida Lucia. Entonces es enviado al

frente de los Cárpatos, en Rumanía. Allí destacará, exhibiendo mucha audacia y logrando, mediante una serie de golpes de mano, capturar a 150 oficiales, 10 000 hombres de tropa y 80 cañones. Un año más tarde, en el enfrentamiento de Longarone, consigue la capitulación de toda la guarnición italiana. Estas hazañas se ponen en conocimiento del Alto Estado Mayor, que lo llama a su lado.

Una reputación basada en malentendidos

Rommel debe participar entonces en la concepción de la serie de cuatro «ofensivas de la última oportunidad» preparadas por Hindenburg y Ludendorff, en el primer semestre de 1918. Los dos mariscales se juegan el todo por el todo en el frente francés, y fracasan. Rommel no se siente muy cómodo en ese trabajo conceptual. Es un militar de acción, le gusta dirigir a los hombres. Esta insuficiencia de reflexión estratégica le costará cara en África cuando esté al mando del Afrikakorps, al arriesgar en exceso un cuerpo de batalla muy inferior en número y materiales al del enemigo. Su visión será más clara en el frente occidental en 1944, pero no logrará que se adopte un plan que disponga la totalidad de las fuerzas blindadas alemanas cerca de las futuras playas de desembarco.

En realidad, Erwin Rommel no es el estratega que se ha pretendido y sus fracasos son infinitamente más importantes que sus éxitos.

Mientras espera, hay que sobrevivir después de la derrota del Segundo Reich. Rommel entiende la capitulación como una traición. En el verano de 1919, en ese ejército alemán reducido al estricto mínimo por el Tratado de Versalles, consigue un mando, el de una compañía de seguridad interior compuesta por amotinados de la Kriegsmarine (Marina de Guerra) que enarbolaron la bandera roja a finales de 1918. Se trata de una tarea estimulante que le viene como anillo al dedo: transformará a aquellos «trai-

dores» en soldados modelo. Y la vida de guarnición le deja mucho tiempo para compartir con su esposa, a la que profesa un amor sincero. Incluso viaja a Italia, orgulloso de enseñar a Lucia los escenarios de sus hazañas en el valle del Isonzo. Recorre también con agrado aquellos bosques de la región de Stuttgart que tanto aprecia. En 1928 nace Manfred, su único hijo. Es el mejor año de su vida. En 1929 se encomienda a Rommel la instrucción de los alumnos de la Escuela de Infantería de Dresde. Será entonces cuando redacte una obra que retoma su clase magistral, con el título de *Infanterie greift an* (La infantería ataca). El libro está ilustrado con mapas y croquis precisos. El ejército suizo toma nota, pero aún más un tal Adolf Hitler.

Cuando Hitler accede al poder, en 1933, está muy lejos de haber seducido a Rommel con sus brutales tesis nacionalsocialistas. Sin embargo, el oficial se deja convencer poco a poco por su patriotismo, su deseo de reunir a las poblaciones alemanas dispersas en Europa, su anticomunismo primario, al fin y al cabo. Rommel es destinado a Goslar, al 3.er Batallón de Infantería Alpina. Son sobre todo sus cualidades de esquiador las que lo distinguen de los demás oficiales. La recuperación del servicio militar obligatorio y la creación de la Wehrmacht acaban convirtiendo a Rommel al nazismo.

Sin embargo, se mantiene al margen de los círculos de poder, lo que no le impide obtener el ascenso, con su nombramiento para el rango de teniente coronel. Después vendrá, con cierta rapidez y de manera aún más excepcional, su promoción al frente de la prestigiosa Academia de Guerra de Potsdam. Con sensatez, Rommel continúa prefiriendo su vida familiar a las grandes recepciones del régimen. En abril de 1937, Baldur von Schirach le pide que imparta instrucción militar a sus Juventudes Hitlerianas. Tiene que aceptar. Pero apenas siente estima por el hombre y se lo hace notar, lo que no obstaculiza su carrera: ya es coronel.

Hitler no se ha olvidado del autor de *Infanterie greift an:* en 1938 lo nombra comandante a título temporal del batallón

que asegura su protección personal. Y es que Hitler advierte en él una personalidad con potencial que no pertenece a esa casta de la nobleza, a menudo de origen prusiano, que asegura con cierta altanería el mando de la Wehrmacht. Sin embargo, Rommel es nombrado rápidamente director de la Academia de Guerra de Wiener Neustadt, no lejos de Viena, en Austria. El año siguiente, Hitler lo vuelve a llamar junto a él para dirigir, de nuevo, su guardia más cercana. Rommel tiene que permitir que su hijo Manfred ingrese en las *Hitlerjugend*. Nombrado general, Rommel es destinado al cuartel general del Führer. Tras haber participado en la invasión de Polonia en el mes de septiembre de 1939, Hitler le confiará, a petición suya, la 7.ª División Blindada de 218 carros ligeros y medianos, más 56 ametralladoras automáticas, que incluye además unidades del cuerpo de ingenieros, de artillería de campaña, escuadras de motoristas, baterías de defensa antiaérea con sus sirvientes, y dos regimientos motorizados. Esta división pertenece al XV Cuerpo de Ejército, dirigido por el general Hoth, en el seno del IV Ejército comandado por el general Von Kluge. El IV Ejército y el XII Ejército constituyen el Grupo de Ejércitos A, puesto bajo la alta dirección del general Von Rundstedt.

Una campaña de Francia objeto de controversias

El 10 de mayo de 1940 Rommel avanza a través de las Árdenas belgas. El 14 de mayo logra franquear el Mosa. En Flavion, el 15 de mayo, la 5.ª y la 7.ª divisiones Panzer pierden unos 80 carros de combate, 20 ametralladoras automáticas y 20 cañones anticarros, más o menos igual que su adversario francés. En Montcornet, el 19 de mayo, Rommel frena el contraataque del coronel De Gaulle. Al día siguiente, 20 de mayo, el alemán alcanza las afueras de Arras. Sin embargo, el 21 de mayo, la respuesta aliada, ejecutada por dos regimientos de tanques británicos y una división mecanizada francesa, causa estragos

en las filas alemanas. Es cierto que los Aliados pierden cerca de 80 blindados ese día, pero el avance alemán es bloqueado. La 7.ª División Panzer sufre la destrucción de 20 tanques y la muerte de 400 hombres. En cuanto a la División Motorizada SS Totenkopf, que combate a su lado, pierde a 300 combatientes. Rommel está a punto de morir y es evidente que se encuentra en dificultades. Solo los reiterados ataques de los Stuka permiten enderezar una situación comprometida. El avance alemán se reanuda y el 22 de mayo se franquea el Scarpe. El 29 de mayo, Rommel participa en la maniobra de cerco de Lille. El 2 de junio, Hitler en persona acude a felicitar a Rommel, que se esfuerza por convencer al Führer, todavía ansioso ante la idea de una contraofensiva francesa, de continuar inmediatamente el asalto. El balance de Rommel es honorable. Es cierto que la 7.ª División Panzer ha perdido algo menos de un centenar de tanques y 1600 hombres, es decir exactamente el 13 % de sus efectivos, pero ha infligido daños muy superiores al enemigo: del orden de 15 000 prisioneros, pero solo un centenar de carros de combate destruidos.

La 7.ª División Panzer cumple inmediatamente la orden de Hitler de franquear el Somme, el 5 de junio. Rommel se abre paso entre Longpré y Hangest. La resistencia de las tropas senegalesas es heroica en los bosques de Hangest y alrededor del castillo de Le Quesnoy. Los alemanes pierden 300 hombres. En el lado francés, los soldados de la 7.ª compañía del 53.º Regimiento de Infantería Colonial de Tiradores Senegaleses, escasos de munición, tienen que rendirse. Su capitán, de color, es liquidado, y los prisioneros, tanto negros como blancos, desaparecen. Sin duda son ejecutados sumariamente. Los hombres de Rommel parecen ser los responsables. En su *Rommel, la fin d'un* mythe (Rommel, el fin de un mito), Dominique Lormier escribe, en relación con los prisioneros africanos:

> Agrupados, los prisioneros indígenas son conducidos al jardín de un castillo. Allí veintiséis serán ejecutados y enterrados suma-

riamente en una fosa común. Otros ochenta y tres serán hallados en las inmediaciones. Sus cuerpos se abandonarán en una suerte de fosa natural, más conocida en la región con el nombre de Saut-du-Loup [Salto del Lobo].

Por su parte, Raffael Scheck, en su obra *Une saison noire* (Una época negra), afirma que «tiradores senegaleses y un subteniente francés capturados son liquidados por alemanes de uniforme negro, muy probablemente los soldados de la 7.ª División Panzer de Rommel».

El 8 de junio, el general Rommel llega al Sena. Ante un ejército en desbandada, el alemán maniobra con su fogosidad habitual. Después aísla al IX Cuerpo de Ejército del general Ihler, que en Saint-Valery-en-Caux se esfuerza por llegar a las islas británicas. El 10 de junio toma el puerto de Fécamp. Y, disparando contra la flota inglesa que se acerca para evacuar a los franceses, la hace retroceder. Consigue entonces la rendición del general Ihler, capturando a 12 generales, 25 000 hombres, un centenar de cañones y cerca de 60 blindados. Avanzando rápidamente a través del campo, por Laigle y Flers, llega al Cotentin y asedia Cherburgo. Al cabo de tres días de combate, los almirantes Le Bigot y Abrial se rinden el 18 de junio 1940, con sus 30 000 hombres, aunque los alemanes están en franca inferioridad numérica. Sin duda los dos almirantes franceses no han hecho otra cosa que obedecer al discurso del mariscal Pétain, que ordena a la ciudad «cesar el combate», ya que las tropas alemanas no disponían realmente de los medios militares para tomar el puerto.

Avalado por este éxito espectacular pero poco arriesgado, Rommel continúa su epopeya. Pone rumbo al sur y el 24 de junio entra en Burdeos, donde hace desfilar a sus tropas el 29. Así, en seis semanas, del 10 de mayo al 24 de junio, Rommel ha puesto fuera de combate o capturado a entre 80 000 y 90 000 soldados franceses y se ha apoderado de cantidades importantes de armamento. A decir verdad, sus hazañas no son tan con-

siderables y, sobre todo, se han obtenido contra unos ejércitos en total decadencia. Solo los expertos se acuerdan de que en Flavion el 15 de mayo y en Arras el 21 de mayo, ante fuerzas blindadas comparables a las suyas, en combates limpios, sufrió fuertes pérdidas y solo se salvó gracias a la intervención de una aviación alemana dueña absoluta del cielo.

El imprudente Afrikakorps

Destacado en Burdeos, Rommel es convocado al cuartel general de Hitler a principios del mes de febrero de 1941. Recibido por el mariscal Von Brauchitsch, se le expone su nueva misión: viajar a Libia para socorrer a las tropas del general italiano Graziani, amenazadas de aniquilamiento total en la Cirenaica por los británicos. Rommel apenas tiene tiempo para pensárselo: el 14 de febrero aterriza en Trípoli. Allí dispone enseguida de la 15.ª División Panzer y de la 5.ª División Ligera Motorizada, pero también de tres divisiones blindadas italianas, Brecia, Ariete y Trento. Está al frente de cinco divisiones, cuando nunca ha dirigido más de una. Lo primero que hace, bastante bien, es administrar sus medios militares. Camufla vehículos Volkswagen como tanques, haciendo creer a los británicos que dispone de fuerzas importantes. Lanza una primera incursión, con prudencia. Porque sabe que aún ignora las complejas reglas logísticas de la guerra del desierto, tan necesitada de agua y de combustible. Y se esfuerza por atacar al adversario allí donde nadie lo espera. Es entonces cuando adquiere la reputación de ser el «Zorro del Desierto». Su objetivo es tomar Tobruk para disponer de un puerto en aguas profundas destinado a recibir suministros y refuerzos, antes de atacar Egipto y su canal de Suez, el objetivo fijado por Hitler.

Rommel pasa a la ofensiva el 24 marzo de 1941, ocupa sucesivamente El Agheila, Marsa el Brega, después Agedabia y finalmente Bengasi. Después, con cuatro divisiones, ataca To-

bruk y le pone sitio. Reforzado pronto por la 90.ª División Blindada alemana y divisiones suplementarias italianas (limitadas, sin embargo, a una sola brigada), resiste los intentos de ingleses y australianos de romper el sitio de Tobruk. Los italianos se imponen en Bir el Gobi y los alemanes en Sidi Rezegh. Después de haber desbaratado la tentativa de asesinato del teniente coronel Keyes contra su persona, Rommel se muestra realista. Comprueba la superioridad de los británicos en tanques y aviones y ejecuta una retirada táctica, levantando el sitio de Tobruk. Vuelve a posicionarse, después de haber abandonado Bengasi, a la altura de Agdabia, una posición infinitamente más cercaba a sus bases de abastecimiento. Porque los combates han sido intensos. Si los británicos han perdido cerca de 800 carros de combate, los alemanes y los italianos han sufrido la destrucción de 340 de sus blindados. Pero las pérdidas humanas germano-italianas son claramente superiores a las de sus adversarios. Un asalto contra el campamento fortificado de Agdabia, a finales de diciembre de 1941, les cuesta entre 135 y 140 tanques más a los ingleses, que se retiran.

A pesar de los refuerzos recibidos, Rommel solo es capaz de alinear aproximadamente 600 tanques, alemanes e italianos, ante el millar de blindados británicos. Parece por tanto muy arriesgado lanzarse de nuevo al asalto de la lejana Tobruk, donde los ingleses no dejan de recibir refuerzos. Máxime cuando el dominio del cielo por los alemanes está lejos de ser perfecto. El general italiano Cavallero se opone a una acción ofensiva demadiado ambiciosa, que considera temeraria. Rommel se niega a escucharlo y lanza una ofensiva relámpago: el 29 de enero recupera Bengasi, la capital de Tripolitania. Y se acerca a Tobruk, por el norte, después de haber tomado Derna, y por el sur atacando las posiciones francesas en Bir Hakeim. Espera atrapar así al VIII Ejército británico y destruirlo o capturarlo. Pero la enconada resistencia del general Pierre Koenig, al frente de los franceses libres, del 27 de mayo al 11 de junio de 1942, permite escapar al VIII Ejército. En Tobruk,

Rommel captura a 45 000 soldados ingleses, 2000 vehículos y cantidades impresionates de víveres (5000 toneladas) y combustible (2000 toneladas). Sin embargo, los ingleses han preservado lo esencial de sus fuerzas.

Nombrado mariscal por Hitler, Rommel abandona entonces toda prudencia. Penetra 150 kilómetros en Egipto, hasta Marsa Matruh, donde entra el 29 de junio. Su Estado Mayor le previene contra la vulnerabilidad de un ejército demasiado alejado de sus bases e inferior en medios al adversario. Pero el mariscal está decidido a forzar la suerte en El Alamein, ciudad situada a 150 kilómetros de Alejandría. Con 110 000 hombres, 500 tanques, 300 cañones y 300 aviones (es decir, cuatro divisiones alemanas y ocho pequeñas divisiones italianas), debe hacer frente a Montgomery, que dispone de medios humanos dos veces superiores (220 000 ingleses, australianos, neozelandeses, indios y canadienses) y de armamento tres veces mayores (1600 tanques, 1000 cañones, 1000 aviones). Rechazado dos veces, el 13 de julio y el 30 de agosto, el ejército alemán se encuentra en la más peligrosa de las situaciones. Enfermo de gravedad, el mariscal se ve obligado a abandonar a sus tropas en plena batalla el 22 de septiembre de 1942. El general Georg Stumme, que acaba de llegar, lo sustituye enseguida. Rommel, recibido por Hitler, no consigue los refuerzos deseados. El Führer promete el futuro carro de combate pesado Tiger I al cabo de unas semanas, pero es demasiado tarde. El comportamiento heroico de las divisiones italianas permite estabilizar el frente, pero el 23 de octubre, tras haber agrupado sus fuerzas, Montgomery asalta las posiciones italianas (ocho divisiones) y alemanas (solo cuatro divisiones). El 24 de octubre, el frente germano-italiano aún aguanta cuando Stumme es víctima de una crisis cardiaca. Rommel recibe la orden de sustituirlo: el 26 de octubre está de nuevo en su puesto. Lo que observa a su llegada es muy preocupante. La destrucción total de la División italiana Ariete, el 4 de noviembre, después de una resistencia heroica, convence a Rommel de que no es posible poner

en peligro a todo el ejército. A pesar de la orden de Hitler de resistir a toda costa, decide emprender la retirada. Solo dispone ya de entre 30 y 40 tanques en condiciones, mientras que los ingleses, a pesar de la pérdida de un millar de blindados, siguen siendo capaces de alinear 950. En efecto, se han reforzado con cerca de casi 500 tanques en las tres últimas semanas de combate. Las divisiones blindadas italianas aceptan sacrificarse para que Rommel y sus tropas alemanas puedan escapar del cerco. La División Trieste es la única (una de ocho) que logra reunirse con los alemanes. Agotados, los ingleses renuncian a perseguir a los restos del ejército de Rommel, que evacua por completo Libia y se repliega al Túnez italiano, protegido por los combates en retaguardia de los italianos en Tripolitania.

Relaciones conflictivas con Hitler

El encuentro entre Rommel y Hitler, el 29 de noviembre de 1942, en Rastenburg (la famosa «Guarida del Lobo, en Prusia Oriental), sale mal. El Führer tiene un arranque de cólera contra su mariscal: no tiene ninguna conciencia de la situación desesperada del Afrikakorps. La confianza entre los dos hombres se rompe.

Tras haber podido consolidar sus posiciones tunecinas, Rommel resiste a los Aliados. En enero y febrero de 1943, gana con brillantez la batalla de Kasserine, que cuesta más de 10 000 hombres a los Aliados. Pero, frente a la armada anglo-americana, sufre las peores dificultades para aguantar. De nuevo gravemente enfermo, Rommel es llamado a Alemania y sustituido por Von Arnim. El 10 de marzo de 1943, Hitler vuelve a recibirlo en Rastenburg. Aboga por una retirada alemana de África, a causa de la desproporción de medios entre los Aliados y las fuerzas germano-italianas. El Führer se niega en redondo. Rommel toma entonces conciencia de la obcecación de Hitler

y su entorno. Hospitalizado en Semmering (Austria), Rommel, a su salida, es convocado por Hitler el 10 de mayo de 1943. El mariscal queda impresionado por el súbito envejecimiento del Führer, que sin embargo pretende reconocer su error. Invadido por una lucidez demasiado tardía, lamenta, en efecto, no haber retirado las tropas alemanas de África. Pero ya es tarde: el 12 de mayo, Von Arnim tiene que deponer las armas en Túnez, entregando 125 000 hombres a los Aliados. El ejército italiano, con 130 000 hombres, ofrece también su rendición.

Y Rommel se queda sin un verdadero destino. Hitler lo envía a Italia en el mes de septiembre con la ingrata misión de tener que desarmar a las unidades italianas que se oponen a la ocupación alemana desde la caída de Mussolini, el 23 de julio de 1943. Rommel logra controlar a las unidades milanesas. Hitler piensa entonces en nombrarlo al mando del frente italiano en lugar de Kesselring. Pero al final no hace nada al respecto. Rommel está de nuevo sin mando.

Responsable de la inspección de las costas occidentales

El 1 de diciembre de 1943, Hitler, que ha mantenido cierta confianza en las capacidades militares de Rommel, le encomienda el puesto más importante de su carrera: la inspección de las costas occidentales, es decir las que se extienden desde Dinamarca hasta los Pirineos. Se trata de una misión de consolidación y extensión de las defensas ya erigidas, debido a la certeza de un desembarco anglo-americano en el oeste. Pero también de la preparación de potenciales contraofensivas ante un adversario que hubiera conseguido desembarcar. La función es importante. Máxime cuando muy pronto irá acompañada, a partir de enero de 1944, del mando del Grupo de Ejércitos B, es decir los Ejércitos VII y XV, o las treinta y nueve divisiones, siete de ellas blindadas. Una responsabilidad muy

alta para un hombre consumido por la enfermedad (se recupera mal de las afecciones contraídas en Egipto) y que nunca ha tenido bajo su mando al equivalente de más de ocho o nueve divisiones (las italianas, en efecto, cuyos efectivos representan la mitad de las divisiones alemanas). Antes de establecer su cuartel general en La Roche-Guyon (en el actual departamento de Val-d'Oise), recorre incansablemente su teatro de operaciones. Lo que ve es desolador: extensas zonas mal defendidas, tropas desmotivadas y deficientemente dirigidas, ausencia de artillería costera entre el Somme y el Loira, búnkeres mal posicionados, puertos poco protegidos, defensas insuficientes detrás del litoral contra eventuales lanzamientos de tropas en paracaídas. Al igual que su superior, el mariscal Von Rundstedt, comandante en jefe del frente occidental, Rommel se equivoca en lo relativo a la elección geográfica de los Aliados para su desembarco. Lo prevé en el Paso de Calais y no en Normandía. Al parecer, Hitler es el único que tiene la intuición de que los Aliados se decidirán por Normandía. Y así, las unidades más potentes del ejército alemán se emplazan al norte del Sena. Por otro lado, Von Rundstedt y Rommel están en profundo desacuerdo en lo relativo al posicionamiento de las divisiones blindadas. Von Rundstedt, hombre de la vieja escuela, quiere preservarlas situándolas lejos de las costas, fuera del alcance de los potentes cañones de la marina anglo-americana. En cambio, Rommel estima que deben estar camufladas en la proximidad inmediata del litoral para poder utilizarlas al instante inmediatamente en caso de que se establezca una cabeza de puente; por tanto, hay que erradicar inmediatamente al enemigo antes de que la consolide. Hitler, a quien se recurre en calidad de árbitro, se niega a tomar partido: tres divisiones blindadas se ponen bajo el mando directo de Rommel y cuatro se posicionan en reserva lejos de la costa.

Rommel se esfuerza en subsanar las insuficiencias más patentes a lo largo de las costas: multiplica los campos de minas, desarrolla las barreras antitanques, instala líneas de alambres

de púas por todas partes, dispone también en gran número obstáculos sumergidos con la marea alta. Pero su trabajo no está ni mucho menos terminado el 6 de junio de 1944.

Rommel, zarandeado por los acontecimientos

En el mes de mayo de 1944, Rommel comienza a tomar conciencia de la realidad del régimen nazi y es informado de la conspiración que se prepara en el seno del Ejército. El doctor Strölin, burgomaestre de Stuttgart, a quien conoce muy bien, le informa del horror de la «Solución Final». Rommel queda abatido. Y más cuando en ese mismo momento su nuevo jefe de Estado Mayor, el general Speidel, le pone en contacto con el comandante militar de la Wehrmacht en París, Carl-Heinrich von Stülpnagel. Ahora está al corriente de la conjura que se prepara contra Hitler. Rommel se niega a participar en ella, pues se opone a un atentado que convierta a Hitler en un mártir. Prefiere un arresto, seguido de una destitución y finalmente un juicio popular del Führer, todo lo cual desembocaría en una negociación con los Estados Unidos. El ejército alemán se retiraría inmediatamente de todo el oeste europeo para trasladarse hacia el este y responder a la ofensiva soviética. A finales del mes de mayo de 1944, con la aprobación de Rommel, Speidel se reúne con el exministro Von Neurath y el doctor Strölin. La consigna es clara: Rommel debe estar listo para ponerse de inmediato al frente de la Wehrmacht al día siguiente del atentado para negociar con los americanos.

El 5 de junio de 1944, Rommel decide viajar a Herrlingen, en su Baden-Wurtemberg natal, para celebrar los cincuenta años de su querida Lucia. Piensa viajar también a Rastenburg para arrancar a Hitler la decisión de emplazar a lo largo de las costas las cuatro divisiones blindadas que hasta entonces se mantenían en la retaguardia. El 6 de junio, cuando está de camino hacia Alemania, se le avisa de la operación Overlord. Tie-

ne que desandar seiscientos kilómetros para reunirse con su puesto de mando. A su llegada, de noche, los Aliados ya han establecido una cabeza de puente de veinticinco kilómetros de ancho entre Cabourg y Barfleur. Ante el dominio total del cielo por la aviación anglo-americana y la potencia de fuego de la marina aliada (que alinea 650 cañones de gran calibre), las dudas lo invaden. ¿Puede realmente arriesgar en la batalla a sus *Panzer Divizionen* sin condenarlas a la aniquilación? Muy pronto, el mariscal comprueba que le faltan municiones y, sobre todo, que el armamento aliado es muy superior al suyo.

A decir verdad, Rommel, siempre cansado por las secuelas de su enfermedad, no es ya más que la sombra de sí mismo. Las treinta y nueve divisiones es un traje que le viene demasiado grande a este mariscal consumido por la guerra. Rommel, cuya audacia, a menudo aventurera, era su cualidad principal, se refugia en una estrategia defensiva. Se vuelve ansioso y realmente pesimista con respecto al desenlace de la batalla en el oeste. No tiene ya ninguna confianza en Hitler. ¡Sabe que Normandía solo puede suponer una derrota!

El 17 de junio, Hitler se desplaza a Margival, en el Aisne, región de Picardía, donde se alza un búnker que debía protegerlo. Se trata de hacer balance sobre el estado del frente occidental con Von Rundstedt y Rommel. Rommel preconiza una retirada al Sena y la negociación de una paz separada con los americanos. Recibe una seca reprimenda de Hitler: «Es una cuestión que no le concierne». Rommel parece agotado e incapaz de concebir el más mínimo contraataque. Además, ya no dispone de los medios necesarios. Hitler exige resistencia a toda costa y promete la llegada de aviones a reacción. La partida súbita e imprevista de Hitler, tal vez impresionado por un disparo cercano o incluso por sospechar alguna trampa, impide al mariscal proceder al arresto programado del Führer por la noche. Lo lamentará amargamente.

El 26 de junio, el coronel Finckh advierte a Rommel de la inminencia del atentado contra Hitler. Rommel intenta enton-

ces una última iniciativa y se reúne con el dictador en Berchtesgaden el 29 de junio. Hitler confirma su negativa a cualquier negociación y la imposibilidad de enviar refuerzos. La víspera, Hitler ha destituido al mariscal Von Rundstedt debido a un informe sobre la situación militar que se considera demasiado pesimista. Rommel se reúne con su sustituto, Von Kluge, el 6 de julio de 1944 en La Roche-Guyon. La entrevista es glacial, pero Von Kluge no tiene más remedio que admitir la exactitud de las posiciones de Rommel. La batalla de Normandía está perdida. La decisión de Rommel está tomada: es necesario detener a Hitler mientras todavía haya tiempo. Comienza por protegerse manteniendo junto a él a su fiel 116.ª División Panzer y al mismo tiempo una segunda división blindada retirada del frente. Ahora está fuera del alcance de los partidarios de Hitler y puede pensar en firmar un armisticio con los Estados Unidos, replegarse a la línea Siegfried, interrumpir los bombardeos de las V1 y las V2 sobre Inglaterra y concentrar todas las tropas disponibles en el este, en una línea razonable apoyándose en el Vístula.

Herido de gravedad y restablecido con rapidez

El 17 de julio, hacia las 18:00, cuando termina su gira por el frente, el coche de Rommel, que ha llegado a las inmediaciones de Livarot, es ametrallado por un caza Typhoon. El mariscal sale despedido del vehículo antes de que este vuelque. Sus heridas son muy graves: tres fracturas de cráneo, maxilar roto, el ojo izquierdo gravemente afectado. Atendido inicialmente en el hospital de la Luftwaffe en Bernay, a finales de julio Rommel es trasladado al hospital militar de Le Vésinet. En Bernay se entera, el 20 de julio, de que el atentado de Von Stauffenberg contra Hitler ha fracasado.

La represión emprendida bajo las órdenes de Hitler es feroz. Los conjurados son arrestados, juzgados y muchos de ellos

ejecutados. Es sin duda el general Carl-Heinrich von Stülpnagel, uno de los principales conspiradores, quien, después de un intento de suicidio y hablando bajo la tortura infligida por la Gestapo, desvela el nombre de Rommel, antes de ser colgado de un gancho de carnicero.

Sin embargo, el mariscal se restablece perfectamente. A principios de agosto se reúne con su esposa y su hijo en Herrlingen. El 15 de agosto, su hijo Manfred, que sirve en la defensa antiaérea de Ulm, es trasladado a Herrlingen para hacer compañía a su padre. Al ser consultado, el célebre profesor de medicina Albrecht se sorprende de la rápida curación de Rommel.

El cerco se cierra

Sin embargo, Hitler rumia su venganza. El 8 de agosto de 1944 ha hecho ahorcar a mariscales y generales. Tiene dudas en cuanto a la suerte de Rommel, un hombre muy popular en el seno de la Wehrmacht. El Führer se inclina por la clemencia pero, prudente, ordena poner al mariscal bajo vigilancia para impedir su fuga. La Gestapo se encarga de esa tarea desde el 15 de septiembre. Asimismo, el relato oficial del accidente se reduce formalmente a un simple incidente de carretera. Sin embargo, Goebbels, Göring y Keitel, todos enemigos del mariscal, insisten para que sea condenado a muerte. Ofrecen dos argumentos: mantiene un lenguaje derrotista que es malo para la moral de las tropas y su autoridad moral es tal que podría ser utilizada contra el régimen. Hitler empieza por arrestar a Speidel, jefe de Estado Mayor de Rommel: este logra, de milagro, disculparse. Rommel comprende muy bien el mensaje que se le ha enviado de este modo: el cerco se cierra a su alrededor.

Hans Speidel conocerá una brillante carrera militar después de la guerra en el seno de la OTAN, donde llegará al mando de las fuerzas terrestres en 1956, solo doce años des-

pués de la operación Walkiria, nombre que Von Stauffenberg dio a su intento de asesinato de Hitler.

El 2 de octubre de 1944, Erwin Rommel avisa a su hijo Manfred de que los nazis podrían intentar asesinarlo. Sus palabras, transmitidas por su hijo, son muy directas: «Los nazis no quieren sobre todo que hable. Son perfectamente capaces de asesinarme disfrazando su crimen de accidente o de suicidio». Le ordena que vaya siempre armado y que responda al primer disparo cuando se paseen juntos por el bosque.

El 7 de octubre, el mariscal es convocado a Berlín por Keitel para una entrevista programada con Hitler el día 10, con el fin de confiarle un mando importante. Hasta se pone a su disposición un tren especial debido a su estado de salud. Rommel está convencido de que se le ha tendido así una trampa. Asegura que sus médicos le prohíben formalmente cualquier desplazamiento.

El 13 de octubre se le avisa de que los generales Maisel y Burgdorf irán a visitarlo a su domicilio de Herrlingen al día siguiente.

La última mañana del 14 de octubre de 1944

El mariscal se espera lo peor. Ese 14 de octubre de 1944 se levanta pronto y se viste con su uniforme del Afrikakorps, con el que ha estado a punto de morir dos veces. Espera a los dos generales enviados por Hitler hacia el mediodía. Wilhelm Burgdorf, primer ayudante de campo del Führer, es también el jefe de la Oficina de Personal del Ejército. En cuanto a Ernst Maisel, es el jefe para «la Educación y el Bienestar de los Oficiales» en la Oficina de Personal del Ejército. El primero se suicidará el 1 de mayo de 1945 en el búnker del Führer en Berlín, en tanto que el segundo, arrestado por los americanos y después liberado, sobrevivirá hasta 1978.

En cuanto llega su hijo, que viene de permiso desde Ulm, sobre las seis de la mañana, toman juntos el desayuno, frugal

como siempre. A las siete salen los dos para dar un corto paseo por el jardín de la casa. Rommel informa entonces a su hijo de la visita de los dos generales y de sus inquietudes. Le explica que se espera que le propongan servir en Rusia, donde sus posibilidades de sobrevivir serán nulas, o bien que tenga que comparecer ante un tribunal, un alto tribunal, que lo condenará a muerte por traición. Rommel no se ha atrevido aún a advertir a su esposa.

Dan las doce en Herrlingen

Es mediodía cuando los dos generales estacionan su coche delante de la verja de la casa. Les acompañan un mayor de las SS, Ehrenberger, y un conductor, el cabo Doose. No han venido solos. Rommel no lo sabe, pero hombres de la Gestapo se han ocultado en la linde del bosque que domina la casa del mariscal. Los dos generales saludan militarmente a Rommel y presentan sus respetos a su esposa. Al observar la presencia de Manfred y del ayudante de campo Aldinger, exigen de inmediato una entrevista a solas con Rommel. Son las 13:00 cuando Maisel y Burgdorf salen del domicilio de Rommel. El mariscal está pálido como la muerte que lo espera. Sube inmediatamente al primer piso de la casa para ver a Lucia. Y le anuncia la sentencia dictada por Hitler: la muerte después de un juicio o el suicidio. Cuando Manfred se reúne con ellos, se dirige a él y dice: «Acabo de anunciar a tu madre que dentro de un cuarto de hora estaré muerto». Y prosigue, dominando con dificultad su emoción:

> Que te maten en nombre de tu propio pueblo es algo difícil de aceptar. Pero la casa está rodeada y Hitler me acusa de alta traición. Por los servicios prestados en África, tengo la oportunidad de poder envenenarme. Los dos generales han traído con ellos cianuro. Un veneno que mata en tres segundos. Si acepto,

no se emprenderá ninguna acción judicial contra mi familia. Asimismo, mi Estado Mayor no sufrirá las consecuencias.

Lo que Rommel no sabe, y los dos generales no se han atrevido a decirle, es que la Gestapo ha recibido la orden de acabar con él si se niega.

«Dentro de un cuarto de hora recibirá una llamada telefónica»

Manfred pone en duda la realidad del ultimátum que han transmitido los dos generales. Rommel le responde con calma:

> Tienen interés en que este asunto no trascienda. Naturalmente, vosotros dos [precisa, dirigiéndose a su esposa] tenéis que comprometeros a callar. Si se comete una indiscreción, se considerarán eximidos.

Manfred, a quien sus dieciséis años no predisponen al compromiso, propone defenderse con las armas en la mano. El mariscal, impasible, replica: «Es preferible que muera uno solo a que nos expongamos todos a las peores barbaridades». Rommel llama entonces a su ayuda de campo y le dice que suba a la planta alta. Le expone los acontecimientos tal como deben desarrollarse. Después, acelerando el flujo de sus palabras, porque el plazo que han fijado los dos generales está a punto de expirar, anuncia que los nazis lo tienen todo previsto. Y que se celebrarán funerales de Estado en Ulm. Y, dirigiéndose a Aldinger, le precisa: «Dentro de un cuarto de hora, usted, Aldinger, recibirá una llamada telefónica del hospital de la Wagnerschule de Ulm anunciando que he sufrido un ataque cerebral cuando me dirigía a una conferencia».

Bajan todos a la planta baja. El mariscal, a pesar de su legendaria sangre fría, está muy trastornado. No sabe qué decir antes de

dejar a su familia para siempre. De su boca sale entonces esta frase incongruente: «Aún me quedan ciento cincuenta marcos. ¿Tengo que llevar conmigo este dinero?». Desconcertados, Lucia, Manfred y Aldinger guardan silencio. Entonces Rommel mira su reloj: los dos generales que lo esperan delante de la verja de la casa solo le han dejado diez minutos para despedirse. Lucia no tiene fuerza para esbozar un gesto. El mariscal sale al jardín acompañado de Manfred y Aldinger. Les estrecha la mano por última vez. Después, con su bastón de mariscal colocado bajo el brazo izquierdo, se dirige hacia la entrada. El perro, al que la perspectiva de un paseo pone muy alegre, da saltitos a su alrededor.

El suicidio

Después de haber cerrado la verja, Rommel se reúne con los dos generales que están en posición de firmes delante del coche. Sube en la parte trasera del vehículo. Manfred cuenta lo que sucedió a continuación, ha podido reconstruir los detalles interrogando a los testigos supervivientes:

> Me enteré de que el coche se había detenido unos cientos de metros más allá, en lo alto de la colina que domina nuestra casa. Allí, sin duda, estaban los hombres de la Gestapo que tenían orden de matar a mi padre y de saquear la casa en el caso de que se negara a suicidarse. Entonces el chófer y el general Maisel bajaron del vehículo. Solo el general Burgdorf se quedó con mi padre. Diez minutos más tarde, el chófer volvió a ocupar su puesto. El mariscal se había desplomado, su bastón estaba caído en el suelo, al igual que su gorra.

Veinte minutos más tarde, el timbre del teléfono rompe el pesado silencio que se ha abatido sobre la casa de los Rommel en Herrlingen. Aldinger descuelga. Es el hospital que anuncia la muerte del mariscal.

Funerales de Estado

A las 14:00, el cuerpo del mariscal es ingresado en el hospital de Ulm. Hitler confirma que los funerales tendrán lugar en la ciudad. Y que el cuerpo del mariscal estará expuesto en el ayuntamiento, cubierto por la bandera nazi y velado por antiguos combatientes del Afrikakorps con uniforme de gala. El 18 de octubre, cuatro días después de su ejecución, en presencia de unidades de la Wehrmacht, la Luftwaffe y la Waffen SS, le corresponde al viejo mariscal Von Rundstedt, perfectamente al corriente de la verdad, apurar el cáliz hasta las heces cuando acaba de presidir el tribunal militar que ha enviado a la muerte a los principales actores de la conspiración del 20 julio, precisamente sus colegas. Pronuncia la oración fúnebre del mariscal recordando el compromiso del difunto con el Reich y con su Führer.

Entre los telegramas de condolencia que les llegan, Lucia y Manfred no pueden menos de fijarse en los de Goebbels, Himmler y Bormann: los tres habían insistido en la condena a muerte del mariscal. Hasta Hitler ha tenido a bien manifestarse escribiendo: «Le ruego acepte mi profunda simpatía por la pérdida de su esposo. El nombre de Rommel permanecerá siempre asociado a los heroicos combates de África del Norte». Cuando la ceremonia termina, el cuerpo del mariscal es incinerado. De este modo, una vez desaparecido el cuerpo, nadie podrá ya poner en duda la versión oficial. Las cenizas de Rommel se depositan en el cementerio de Herrlingen.

Manfred salva el pellejo

Manfred sabe que su vida corre peligro. Conoce la verdad sobre el final de su padre. Lucia, que ahora vive totalmente retirada (morirá en 1971), no es ya una amenaza para el régimen. Para evitar una ejecución programada, Manfred decide huir.

Tras desertar de su unidad de defensa antiaérea, avanza hacia el oeste, al encuentro de las fuerzas francesas al mando del general De Lattre de Tassigny. En el mes de mayo, es capturado y conducido inmediatamente en presencia del general francés, que mantiene a su lado a aquel joven, hijo de uno de los principales jefes de guerra alemanes, y lo toma como su intérprete.

Después de la guerra, Manfred aprobó su *Abitur* (bachillerato) en 1947 y después cursó estudios de Derecho en la Universidad de Tubinga. Más tarde, entró en política y se afilió a la CDU. Fue elegido alcalde de Stuttgart en 1974 y permaneció al frente de la ciudad durante veintidós años. Entonces fue nombrado por el canciller federal Helmut Kohl coordinador de asuntos franco-alemanes, hasta 1999. En 2002, Manfred, el hijo del mariscal Rommel, fue elevado al rango de comandante de la Legión de Honor francesa. Murió en 2013.